

Victoria Ocampo: Ocio y mecenazgo

Juan Montía

CUANDO en 1963 Victoria Ocampo decidió publicar la segunda parte de sus **Testimonios** expresó: «Mi vida ha crecido con ímpetu tal desde el fondo de esta tierra, está tan enraizada en ella, que a pesar de sentirme yo ciudadana del planeta, no me extrañaría llegar a convertirme en uno de esos autores póstumos que se consultan para cierto tipo de fenómenos locales, de orden algo así como meteorológico: Hasta dónde subió el mercurio de los termómetros argentinos en el año 1920, o 1953». En efecto, la vida de Victoria Ocampo, que acaba de extinguirse en su quinta de San Isidro, resume en sí el nacimiento, esplendor y decadencia de una esfera social. Pero, para ser justos, también excede el limitado marco de la clase alta argentina y se transforma en la confluencia insólita que va de Sarmiento a Von Braun, de Borges a Lanza del Vasto, de Lawrence de Arabia a Indira Ghandi, de Camus a Rabindranath Tagore, de Juan Ramón Jiménez a Graham Greene, de Gabriela Mistral a Osborne, de Martín Fierro a Virginia Woolf, de M. Fernández a Stravinski.

VICTORIA Ocampo nació en Buenos Aires, que aún guardaba la atmósfera de «gran aldea». Florida y Viamonte, frente a la iglesia de las Catalinas, «una casa baja muy grande, con rejas en sus ventanas, tres patios, un aljibe y plantas bien cuidadas». Una casa de la cual era asiduo visitante Domingo Faustino Sarmiento, amigo de su abuelo, quien introduce en la familia al inglés italiano Emilio Guicciardini, padre de Victoria.

Su infancia transcurre en esta casa y en la quinta de San Isidro (refugio más tarde de notables como Tagore, Gaillois, Camus, Ortega y otros). Alternando las lecciones de las institutrices francesas e inglesas: Mmle. Bonvemason y Miss Fanny, con los paseos en breaks, la pesca de bagres en

el río terroso, la recolección de higos. «Así llegó la adolescencia. Los breaks se transformaron en automóviles, y los abecedarios en libros. Poemas, novelas, dramas escritos en otros idiomas, bajo otras estrellas; músicas compuestas en otros climas también sufrieron su transmutación en nosotras, también formaron parte de San Isidro». Junto con los automóviles llegaron los barcos, las anuales travesías hacia París y Londres, cumpliendo la atávica y migratoria costumbre de los terratenientes del «granero del mundo».

LOS LIBROS

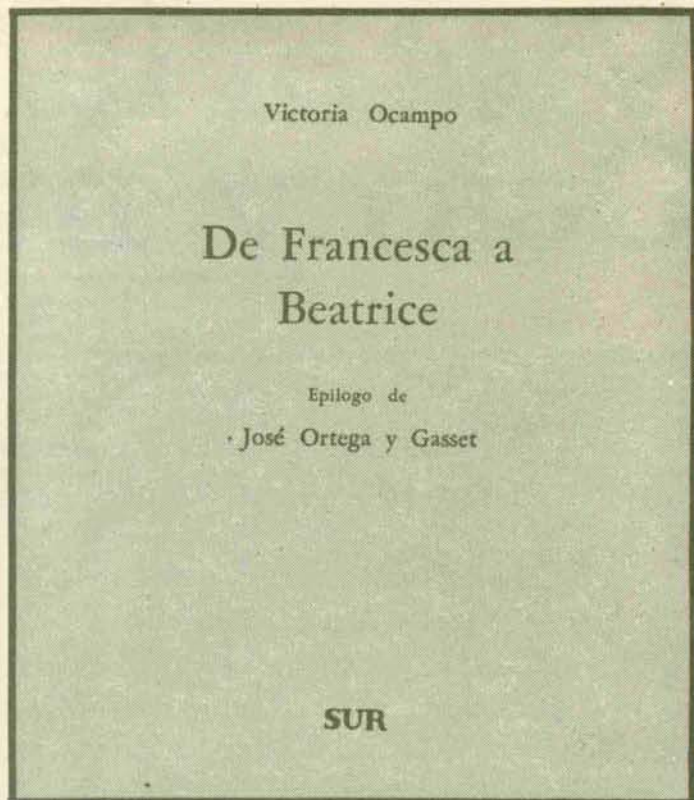
Los libros, libros en tres idiomas, rodean la vida de Victoria y la confunden con ellos, libros para leer en las siestas

de San Isidro bajo el lapacho dorado, o en la penumbra de la sala. «El mayor castigo que recibí de mi madre fue cuando me quitó **El sabueso de los Baskerville** a medio leer. Recuerdo hasta el lugar y el sillón donde estaba refugiada en el momento de la atroz confiscación». Los **libros a leer** se transforman con el tiempo en **libros a escribir**. El principio es un **Diario** escrito en francés, en ese pulcro francés que al decir de Ricardo M. Barnatan sólo consiguen los argentinos. Más tarde vendría el Dante y la fascinación ante la **Divina Comedia**.

En la obra de Alighieri, Ocampo encontró el tema, el «vital nutrimento» que la llevó a querer comunicar al lector «el sentir de una mujer sudamericana del siglo XX... Un testimonio de la actuali-



Victoria Ocampo nace en una casa baja muy grande, con rejas en sus ventanas, tres patios, un aljibe y plantas bien cuidadas. Una casa de la cual era asiduo visitante el presidente Domingo Faustino Sarmiento. (Grabado decimonónico).



En la obra de Alighieri, Victoria Ocampo encontró el tema, el «vital nutrimento» que la llevó a querer comunicar al lector «el sentir de una mujer sudamericana del siglo XX».

dad de Dante... a seis siglos de distancia». Y así fue que un día traspuso con sus apuntes y notas las puertas de la Biblioteca Nacional, buscando el consejo de su director, Paul Groussac. El veredicto del

elogiado maestro de Borges fue categórico: pé-dan-tes-que. Sin embargo, el ensayo fue publicado en septiembre de 1921 en el diario **La Nación** de Buenos Aires. «Y un buen día Ortega lo recogió de la calle, como quien dice, y pasó a ser el segundo tomo de la **Revista de Occidente**». Ortega no se limitó a publicar el ensayo que llevaba el nombre de **De Francesca a Beatrice**, sino que le agregó un extenso epílogo en el que auguraba un brillante futuro para la novel escritora y decía: «Esperamos tras éste, otro libro donde reciban iluminaciones». En noviembre de 1962, en ocasión de la nueva edición del libro, la autora contestaba a la expectativa de Ortega con estas palabras: «Los libros llegaron, pero con más cortocircuitos que iluminaciones». Profusa es la obra de V.O., múltiples sus traducciones y conferencias. Sin embargo, al igual que Macedonio Fernández, no han de ser sus escritos los que le conferirán un sitial

de preferencia en la cultura, sino su particular actitud vital que le otorgará altitud de personaje. Posiblemente el motivo por el cual no ha dejado una obra más amplia, más rica, haya sido su desmedida



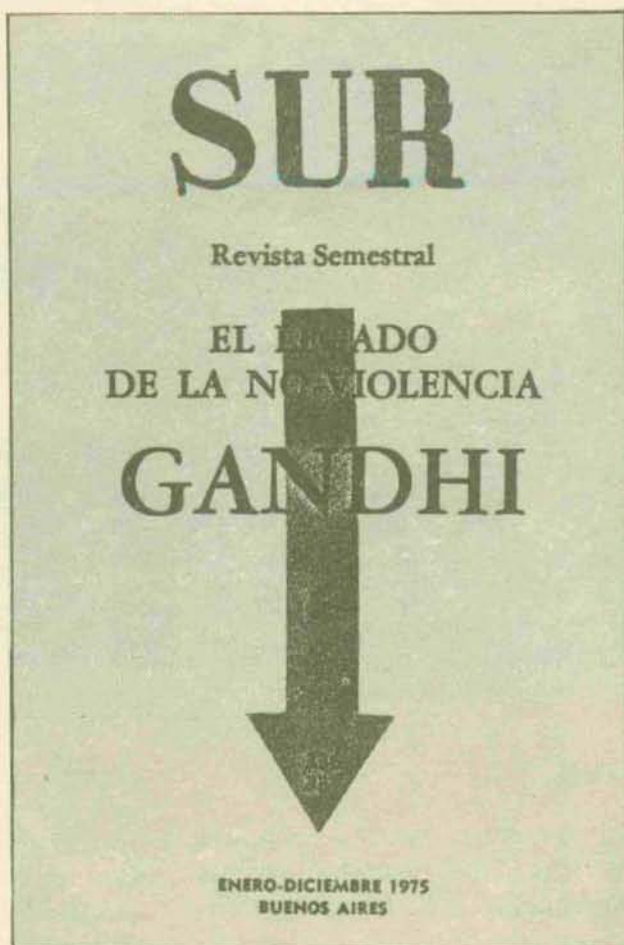
Ortega y Gasset descubre a Victoria Ocampo: Un día descubre *De Francesca a Beatrice*, «y pasó a ser el segundo tomo de la *Revista de Occidente*».



Aldous Huxley, el autor de *Contrápunto y de Un mundo feliz*, fue uno de los tantos amigos célebres de la escritora argentina.



Virginia Woolf y Victoria Ocampo se conocen en 1934. La escritora inglesa, hoy reivindicada por el feminismo, decía de Ocampo que era «la exótica princesa del país de las mariposas».



«Se necesitaba en nuestra tierra una revista de calidad literaria que reuniera a los escritores ya consagrados en el mundo con los que debutaran en las letras. Era cuestión de unir fuerzas...».

admiración hacia el quehacer de los otros, una admiración que en el caso de un escritor puede coartarlo en su actividad creativa. Es que pertenece a una clase que lo tiene todo, y su mayor esfuerzo es cómo gozar de ello. Sus mejores páginas son indiscutiblemente sus **Testimonios**. Verdaderas bitácoras de viaje en las que no sólo desfilan paisajes, olores, colores, sino seres que la habitaron y de quienes extrajo con afán casi vampiresco o antropofágico sus contornos ocultos. En cierta ocasión confesaba: «Creo haber admirado a mis contemporáneos, casi ferrozmente. Quiero decir con apetito de fiera».

Inaugura un nuevo estilo de ocio y mecenazgo al que hasta entonces no se había dedicado la oligarquía vernácula y mucho menos una mujer. Leyendo sus **Testimonios** resulta un tanto sospechoso que todos

los «personajes» que circulan por sus páginas hayan tenido con ella una relación tan personal, tan íntima. Sin embargo, es evidente que esas relaciones existieron, pero cómo logró una **mujer sudamericana** (con todas las desventajas que ello suponía) de principios de siglo conciliar la amistad de personalidades tan disímiles como el príncipe de Gales, el futuro Eduardo VIII («Hablamos de jazz. A ambos nos gustaba. Bailamos») y el poeta bengalí Tagore, su huésped en San Isidro, en «una quinta que alquiló en 1924 para que... ¿pasara allí su convalecencia?». Contestar a este interrogante afirmando que responde al atradicional «snobismo» de la clase alta argentina, a su proverbial falta de personalidad, es sólo rozar la cuestión sin penetrarla. V. O. comparte los **tics** de su grupo social y de su genera-

ción, pero lo excede en inteligencia.

Hasta la aparición de V. O. en la escena intelectual del país, los **aristócratas**, amparados por la productividad inagotable de vacas y trigo, hacían su periplo anual a Europa —concretamente a París, ocasionalmente a Londres y en forma casi clandestina y poco pregonada a España (es que la desvalorización de la Madre Patria enunciada por Sarmiento aún pesaba)—, pero ella no sólo se limitará a repetir el itinerario, sino que también practicará la **caza de genios** y gracias a la influencia de Ortega que en 1916 le descubrirá las excelencias del castellano («Hasta entonces mi primer idioma había sido el francés»). Creará una corriente de fecundo intercambio entre la Península y América, cuyo instrumento será SUR.



Luis Buñuel e Igor Stravinsky. El cine del primero se conocería en Buenos Aires a iniciativa de V. O. Con el segundo mantendría una intensa amistad cultural. V. O. consumía cultura como si fuera bombones y caramelos.

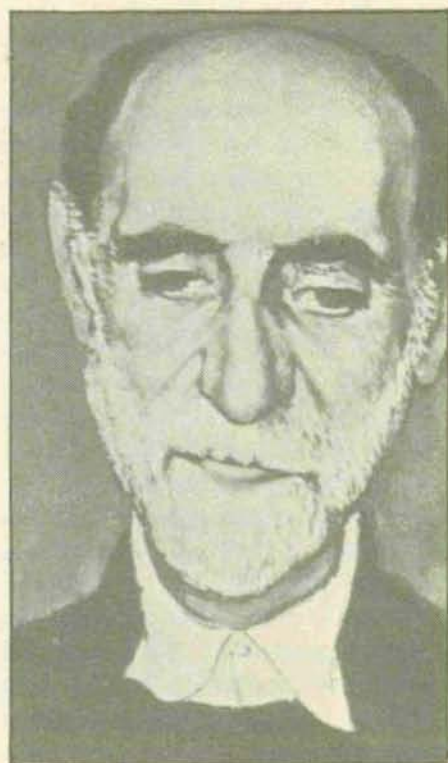


SUR

El escritor norteamericano Waldo Frank escribió en sus **Memorias**: «Yo le hubiese dicho a cualquiera que el resultado más importante de mi visita a la Argentina era la revista fundada por V. Ocampo». Efectivamente, W. Frank, ese enamorado de España y América, fue, junto a Eduardo Mallea y Guillermo de Torre, el inspirador de la revista, y Victoria Ocampo su financiadora y directora. «El norteamericano y el argentino creían que se necesitaba en nuestra tierra una revista de calidad literaria que reuniera a los escritores y consagrados en el mundo con los que debutaran en las letras. Era cuestión de unir fuerzas. Yo propuse poner al servicio del proyecto la revista en sí, un local que sirviera de oficina y mis vinculaciones con escritores europeos de gran fama».

Muchas veces su actitud en lo concerniente al manejo y orientación de SUR le ganaron fama de déspota. Según muchos colaboradores su proceder correspondía más a «un patrón de estancia que a un director de publicación». Ella

misma dice que, «durante los primeros años, no había sumario que no fuera examinado, encargado por mí, de acuerdo con mis preferencias. Más tarde dejé mucha más libertad (casi toda) en manos de amigos colaboradores en quienes confiaba». Uno de ellos, quizá el más importante, fue el escritor José Bianco,



Juan Ramón Jiménez es otro de sus grandes amigos. Lo invitará a su residencia, como lo hiciera con Tagore, Gallois, Camus, Ortega y tantos otros.

autor de **La pérdida del reino**. Bajo su tutela SUR adquirió una importancia equiparable a **The Criterion**, dirigida por T. S. Eliot, y a **Revista de Occidente**, dirigida por Ortega y Gasset.

SUR fue V. O. y su particular modo de entender la literatura: «Lo fundamental, en una revista literaria, tal como fue concebida la nuestra, es mantener y defender el **standard literario**. En arte no cabe la igualdad ni la caridad... La obra está bien o mal escrita, bien o mal pensada. No hay más pasaporte que el talento... Pero a la exigencia de calidad a que yo me refiero se resiste cada vez más el mundo moderno. Es **impopular** y con eso queda todo dicho». Como Borges, a quien no sólo la une la creencia «de ser herederos de la cultura occidental (universal, más bien, ¿por qué no?)», tiene un «santo terror» a lo **popular** y desconoce los cambios operados en el mundo, negando al hombre de la calle su posibilidad y, peor aún, su capacidad para gozar del hecho artístico reservándole solamente autoridad en lo concerniente a la mecánica y al fútbol («Las gentes se in-

clinan ante un Pelé, después de unas cuantas patadas certeras»). El éxito masivo de escritores como Cortázar la desorienta y llega a decir: «El vulgo compra las obras de Cortázar (tan luego de Cortázar) y se pasea con sus libros. Sin embargo, Cortázar es netamente un autor para minorías, no para lectores a quienes ha de aburrir fabulosamente (perdón, querido amigo Cortázar) porque no están preparados para digerirlo y saborearlo. El autor de "Rayuela" es un escritor para escritores, casi casi. Su técnica y sus finezas no han de ser detectadas por el vulgo. Y que nadie se me ofenda. Frente a la máquina (sin ir más lejos, la de mi auto, que manejo) yo soy el vulgo, y requetevulgo». V. O. es de una arbitrariedad tal que sostiene una doble falacia. Por un lado niega al pueblo capacidad para acceder a la «Alta Literatura», y por otra parte le concede inusitadas y casi innatas aptitudes para entender los complicados intrínquilis del motor a explosión.

La desaparición de SUR en la década del setenta durante el tercer gobierno peronista fue el natural desenlace de una prolongada agonía que se inició en la post-guerra, con la aparición del fenómeno social llamado populismo en varios países de Latinoamérica y en Argentina especialmente. Según las palabras de su directora, la revista desaparecía ante la ausencia de «antenas receptoras» capaces de captar su mensaje. Sin desconocer el desprecio que subyace en la declaración, nos vemos obligados a ratificarla. Efectivamente las antenas receptoras de SUR habían desaparecido del país. Los cambios políticos y sociales y la entrada en escena de la llamada Generación del 55, que aportara aires nuevos y «comprometidos» a



El olfato de Victoria Ocampo fue certero en el caso de Albert Camus. Antes que los críticos lo descubrieran, ya había sido reconocido por la autora de *Testimonios*.

la literatura nacional, habían dejado a V. O. sin auditorio. No obstante, aquí queda SUR, más de cuarenta años de continuada y fructífera labor, de innegable aporte cultural.

TESTIMONIOS

A De Francesca a Beatrice.



Graham Greene, como Gabriela Mistral, Osborne, son parte del mundo de Victoria Ocampo. El oído y el mecenazgo de esta princesa de las pampas es insaciable.

aquel primer libro elogiado por Ortega, siguieron muchos otros: **La laguna de los nenúfares**, **Domingos en Hyde Park**, **San Isidro**, **Soledad Sonora**, **El viajero** y una de sus **Sombras**, **Lawrence de Arabia** y otros ensayos, **Virginia Woolf** en su diario, **Habla el Algarrobo**, **Tagore** en las **barraacas de San Isidro**, y traducciones de Camus, Faulkner, G. Greene, Lanza del Vasto, T. E. Lawrence, Dylan Thomas... No obstante de su vasta producción, nos atrevemos a afirmar que habrán de perdurar su serie de **Testimonios**. Por sus páginas V. O. hace desfilar con regodeo casi visconteano a una serie de personajes que se pasean por salones de hoteles europeos, que se citan en Londres, París, Munich o Nueva York para conversar de arte. Aunque tampoco están ausentes los excéntricos, los místicos, los fieles servidores y hasta los dictadores. En extraña **mélange** conviven Walter Gropius con Mussolini y Stravinski. Berlín 1930: V. O.



En casa de Victoria Ocampo (a la derecha, al fondo), con ocasión de la fundación de la revista SUR en 1931. Alrededor de Borges: Ernest Ansermet, María Rosa Oliver, Ramón Gómez de la Serna...

cuenta al arquitecto alemán, padre del Bauhaus, su entrevista con el Duce: «He conversado con Mussolini, en tête à tête. Cree en la fecundidad del odio. Siéndome detestables sus doctrinas, el hombre no me resultó antipático, visto de cerca... Este exasperante italiano es un ser humano. El de ustedes (se refiere a Hitler) no sabría cómo calificarlo: ¿payaso?, ¿demente? Gropius emigró. Antes de su partida de Europa lo vi en Londres. Cenamos con otro futuro emigrado, Srravinski». Aldous Huxley la presentará ante Virginia Woolf en 1934 y

nacerá una amistad entre la escritora inglesa y la «exótica princesa del país de las mariposas». El mundo del cine también apasionó a Victoria, y ¿qué nombre era más importante que el de Eisenstein en aquellos días?: «Hacia 1930 traje a la Argentina el primer cortometraje de Buñuel y otro de Man Ray. En esos meses me encontré con Eisenstein en Nueva York. Partía para Hollywood, sin esperanzas de entenderse con sus colegas norteamericanos. Le propuse que me telegrafiará si se confirmaban sus presentimientos. Tal vez, le dije, pudiera yo organi-

zar algo en Buenos Aires. Al mes llegó el telegrama. Abandonaba Hollywood y estaba dispuesto a venir».

La llegada de Eisenstein a Argentina jamás se concretó y el autor del **Potemkin** prefirió México.

Alfonso Reyes fue su gran amigo, por gozar de su charla se dirigía V. O. adonde se encontrara. A su muerte escribió: «Se fue el que vi en Río, diminuto junto a gigantescas palmeras; se fue el de Nueva York; ahora se ha ido de México; el que me recibía en su casa-biblioteca».

Y Albert Camus, a quien des-

cube y traduce al castellano, a quien sirve de cicerone en Nueva York y de anfitriona en San Isidro, dice: «Cuando Camus llegó a Buenos Aires vino a vivir a mi casa y se puede decir que casi no salió de ella».

En otras ocasiones fue ella la huésped. En 1956 es invitada por Lanza del Vasto a su comunidad «Arca» en Arbois: «Mi viaje a Arbois fue una peregrinación hacia un peregrino. Y se me ocurrió al oírlo, que sería provechoso traer aquí a ese testigo europeo de la India de Gandhi, para que nos cuente él mismo su experiencia». Años después Lanza del Vasto hablaría sobre Gandhi en el Teatro Municipal «General San Martín» de Buenos Aires.

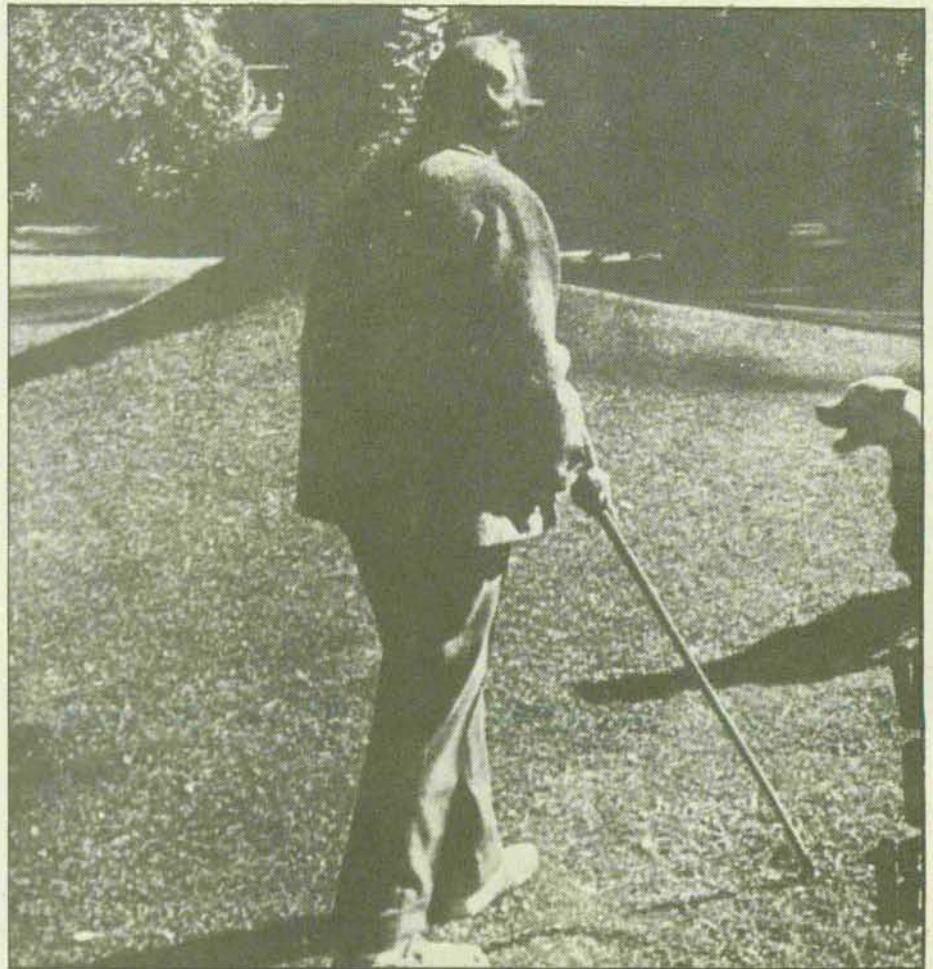
Sería necesario un trabajo mucho más extenso para consignar en él a todas las personalidades que de una u otra manera participaron de la vida de V.O. Habitaron sus casas de Buenos Aires, San Isidro y Mar del Plata. Esas casas que en 1973 decidió donar a la UNESCO.

«Gabriela Mistral fue mi huésped mimado todo un otoño en Mar del Plata. En Villa Ocampo vivieron Camus (durante su estadía en Buenos Aires) y Graham Greene tres veces. Roger Caillois cuatro años más o menos, como huésped de SUR y mío. También A. W. Lawrence (hermano del de Arabia) y el profesor Etiemble de la Sorbonne. Y Waldo Frank, injustamente olvidado escritor norteamericano. Y María de Maeztu, la directora de la Residencia de señoritas de Madrid. Y Federico de Onís, director de la sección española de Columbia University (Nueva York). Y Stravinski, Alfonso Reyes, Denis de Rougemont, Supervielle, St. John Perse (Aléxis Léger), Isherwood. En cuanto a las personas que vinieron a

la casa, a pasar horas, la lista es larga: Le Corbusier, Gropius, Ortega y Gasset, St. Exupéry, Neruda, Drieu la Rochelle (invitado por SUR), Maritain, Ansermet, Bathori, Malraux e Indira Gandhi (estos dos últimos durante sus tres días de Buenos Aires encontraron tiempo para almorzar en Villa Ocampo). No hablémos del grupo de la revista SUR. Von Braun, paseando por el jardín, me describió un alunizaje cuando la cosa parecía tan incierta como una novela de Julio Verne (mucho antes de que tuviera lugar la hazaña). El **nouveau roman** entró allí con Nathalie Sarraute, Robbe-Grillet y Butor. Benjamín Crémieux y Fondane, cuando nadie imaginaba que pudieran morir siniestramente en una cámara de gas, en un campo de concentración nazi, se sentaron son-

riendo en mis barracas... Desde que dispuse de mis quintas, fueron las de los escritores amigos. Deseo que gracias a la UNESCO conserven este destino».

V. O. admiraba a Ludwig, aquel último rey de Baviera, enamorado de Wagner y su música. Quizá al igual que aquél su nombre perdure gracias a que está indisolublemente unido al de los que ayudó. De todas maneras un destino privilegiado teniendo en cuenta que «he vivido en la época en que una mujer no podía encender un cigarrillo en la Confitería París de Buenos Aires, sin que un mozo (camarero) le pidiera que lo apagara, ni seguir una carrera, o reclamar el voto sin que se rieran de sus pretensiones; ni manejar un auto sin que le gritaran algo insultante en cada bocacalle». ■ J. M.



Victoria Ocampo en el ocaso de su vida. Muerta a los ochenta y ocho años de edad, dedicó toda su vida a vivir de y para la cultura. Extravagante, caprichosa, su aporte a la cultura de habla castellana tiene un mérito parecido a la labor de alguna vieja universidad.